

las palabras *Omnes sancti et sanctæ Dei, orate pro eo*; dijo el moribundo monje: Todos vosotros, santos y santas, que veo aquí presentes, rogad por mí; y entregó su alma al Criador.

Fr. Pedro Caralt.

X. No se diferencia mucho de esto lo que acaeció á Fr. Pedro Caralt, religioso dominico. Era singularmente devoto de la virgen Maria, y como la habia servido con tanta fidelidad en vida, mereció que nuestra señora le asistiese con particular esmero á la hora de la muerte. Durante su enfermedad se presentó á visitarle Satanás con traje de doctor en teología y le propuso una cuestion sobre el misterio de la santísima Trinidad. De argumento en argumento llegó á confundirle en tales términos, que el religioso iba á dar en el error. Cuando ya no sabia qué responder, fijó la vista en una imágen de nuestra señora que habia en su aposento, y la suplicó le sacase de aquel aprieto. Entonces la imágen se volvió hácia él y le miró con tanta eficacia, que al instante conoció Pedro se habian disipado las nubes aglomeradas en su entendimiento por Satanás: descubrió la futilidad de las razones que antes le parecian tan sólidas, y respondió tan pertinentemente al enemigo, que no pudiendo este sufrir aquella luz resplandeciente derramada en su alma se desvaneció todo confuso.

XI. Ve aquí otro ejemplo que he escogido entre muchos. Estando en el artículo de la muerte Fr. Adolfo, que en su mocedad habia renunciado el principado de Alsacia por vestir el sayal de S. Francisco, se le apareció la reina del cielo, á quien habia amado singularmente, con innumerable tropa de espíritus bienaventurados, y viéndole sobrecogido de temor á causa de aquel último combate, le dijo estas pocas pa-

labras: «Mi querido Adolfo, ¿por qué temes morir siendo mio como eres? Ven, ven con confianza, porque mi hijo á quien has servido fielmente, te dará la corona de gloria.» Estas palabras llenaron de tanta dulzura su alma, que desde entorces ninguna nube de tristeza oscureció su semblante; al contrario deshechos sus ojos en llanto, pero llanto de consuelo, y su corazón rebotando en sentimientos de gratitud, trocó esta vida mortal por la eterna.

XII. No temais, almas justas, el paso que tanto atemoriza á los demas: arrojaos sin recelo en el seno de vuestra amorosa madre, que os recibirá con los brazos abiertos y os defenderá contra todos vuestros enemigos. Oh Virgen y madre amantísima, bendigante todos los que te conocen, por tantos beneficios como has hecho á tus siervos, y los que no te conocen aun, aprendan por aquí á amarte y confiar en tí.

§. V. Cómo la Virgen santísima asiste á los suyos en el juicio particular que se hace despues de la muerte de cada uno.

I. (1) Algunas veces se ha visto á dos capitanes valerosos y á dos ejércitos casi iguales en la fuerza y el número de los combatientes acalorarse de tal manera en la refriega, que solo la venida de la noche ha podido

(1) Adición de la M. Maria J. de Blemur.—«Entra en la peña, y en las aberturas de la tierra escóndete de la presencia espantosa del Señor y de la gloria de su majestad (*). Entra en Jesucristo como en la peña, dice S. Bernardo; escóndete en las aberturas de sus llagas, y te librarás del juicio terrible teniendo un Dios que intercederá en tu favor por la voz de su sangre y el mérito de su muerte. Seriamos dichosos, si pudiéramos desde esta vida prevenir el juicio de Dios y estar en disposición continua de agradecerle.»

(*) Isai, II, 10.

separarlos. También ha acontecido que volviendo á la mañana los que habian sobrevivido de una y otra parte, para ver por quién quedaria el campo, se renovó el combate con mas encarnizamiento que antes, y la victoria hasta allí dudosa se inclinó á favor de uno de los partidos beligerantes. Eso es lo que sucedió á la hora de la muerte, en que suele ser tan furioso el reencuentro, que cuesta dificultad decir quién lleva la mejor y la peor parte. No obstante es preciso que viniendo la noche de la muerte dejen el campo uno y otro combatiente, salvo el ver al otro dia, es decir, el dia de la eternidad, á quién habrá de atribuirse la victoria. Se ve pues, sin que yo lo diga, que la pelea no ha concluido con la muerte, sino se ha interrumpido, y que hay que venir otra vez á las manos para ventilar todas las cuestiones. Esto se hace en el juicio del alma, cuando se termina la batalla en presencia y por la autoridad del rey del cielo. Entonces vuelve á comenzar la refriega con mas ardimiento que antes, porque esta vez es preciso que uno de los dos pierda irremisiblemente. Aquí el príncipe de malicia armado de astucia y fuerza persigue á la pobre alma hasta lo último y hace el postrer esfuerzo para vencerla. Por eso muchos insignes siervos de Dios temieron extraordinariamente el éxito de este reencuentro. ¿Quién mas inocente que Job? Sin embargo daba lástima oírle decir suspirando: Dios mio, ¿qué será de mi cuando el Señor venga á juzgarme? No obstante deseo tambien esta vez tranquilizar á los hijos de la Virgen y darles motivo de aliento con las palabras del profeta Isaias, el cual viene á decir en sustancia que todo va bien para ellos (1).

II. Sí, todo va bien, porque la Virgen santísima que desde el principio los recibió bajo de su protección, ha

(1) Isai. III.

previsto este último asalto y dispuesto todas sus gracias para que triunfen con la perseverancia final. Sí, todo va bien, porque ella los ha pertrechado de todas las armas necesarias para hacer frente al enemigo. Sí, todo va bien, porque hay poca probabilidad de que la que les ha dado hasta aquí tantas muestras de amistad, los haya de abandonar en la necesidad extrema. Todo va bien, porque la madre del supremo juez tiene los autos del proceso en sus manos y quiere servirles de abogada. Todo va bien, porque el juez, que es su hijo y esposo, no puede negarles ninguna cosa. Lo peor que puede hacer ahora el enemigo de los hombres, es exhibir sus piezas, traer sus testigos, alegar la ley y la costumbre y apurar todos sus arbitrios é invenciones; ¿y qué ganará contra la reina del cielo? Brame y eche pestes, arroje fuego por la boca y póngase furioso: la madre de misericordia le vencerá con una sola palabra, porque su palabra no admite contradicción, ni su testimonio es sospechoso; su petición no puede sufrir repulsa; su valimiento es sin límites y su autoridad sin réplica. Sus palabras son decretos; sus súplicas hacen fuerza; y sus voluntades se cumplen indefectiblemente.

III. Me acuerdo de lo que se refiere en la vida de S. Annon, arzobispo de Colonia. Habiendo ido á Roma este gran siervo de Dios el año 1070, obtuvo del padre santo le diese el brazo de S. Cesáreo mártir, que se llevó á su iglesia como un tesoro precioso. Vuelto á Colonia ordenó que aquella reliquia fuera trasladada con solemne pompa al lugar preparado, y para contribuir por su parte á la mayor solemnidad subió al púlpito é hizo el panegírico del santo. Entre otras muchas cosas notables refirió que habia en Roma un mancebo muy dado á los deleites y en quien parecia no haber quedado mas que una centella de devoción á S. Cesáreo, cuyo altar visitaba á menudo y adornaba con cirios. Sorprendió á este

mancebo la muerte casi de repente, dejándole muy poco tiempo para reconocer sus culpas y llorarlas. Así que murió se apoderaron de él los demonios, que esperaban ya devorar aquella presa, y le condujeron al tribunal de Dios con gran grita y algazara. Allí le hicieron gravísimos cargos, á los que apenas halló el reo que responder. En esto S. Cesáreo, que no queria abandonar á su devoto, se echa á los pies de la virgen María é implora su auxilio. Al punto la piadosa señora se presenta á su hijo acompañada de los apóstoles, de S. Cesáreo y de una multitud de mártires y habla con tanta eficacia en favor de aquel desdichado, que se le concede la gracia de volver á esta vida y hacer penitencia. Con efecto á media noche se levantó del ataud y contó todo cuanto le habia pasado.

IV. Júzguese ahora qué hará esta señora por los que la hayan amado y servido toda su vida, cuando tanto hizo por un extraño. Así puedo llamarle, porque no le socorrió sino á instancias de un santo. ¿Qué piedra dejaría por mover y qué arbitrios no discurriría para sacarlos de las garras de las aves de rapiña? Vé aquí una prueba reciente en favor de sus hijos mas queridos. El año 1586 vivia en el colegio de los alemanes en Roma un canónigo jóven de Tréveris, llamado Enrique de Haiden, que á ruegos de los suyos se disponia para volverse á su casa; pero Dios que tenia otros designios sobre él, le preparaba un viaje mas largo. De repente le acometió una calentura que en menos de ocho dias le puso á las puertas de la muerte. Avisado del peligro hizo confesion general y diversos votos, en especial á la madre de Dios, á S. Andrés y á S. Apolinar, patron de la iglesia de los alemanes. Inmediatamente cayó en un sueño extático, del que despertó á poco rato: entonces llamó á su confesor y en presencia de varios sugetos dijo estas palabras: ¡Lo que he visto, padre! Con esto entraron los asistentes en

gran deseo de saber lo que le habia acontecido. He visto, prosiguió el enfermo, cosas que no se pueden comprender y mucho menos contar; sin embargo vé aqui lo que puedo decir. Al mismo tiempo que me embargó el sueño, me parecia que mi alma se separaba de mi cuerpo y era llevada al tribunal de Dios. Allí me encontré solo un buen rato, y Dios sabe cuál era mi angustia, porque los enemigos de mi salvacion comenzaron á acusarme ante el supremo juez y me echaron en cara muchas culpas tan enormes, que yo no esperaba mas que el instante de ser entregado en manos de ellos. Pero llegó á tiempo la virgen Maria acompañada de S. Andrés, S. Apolinar y muchos santos mártires, y con rostro airado preguntó á aquellos diablos cómo se atrevian á insultar al que habia sido siervo en su congregacion tantos años. Esto los asombró en tales términos, que huyeron todos por acá y acullá; y asi me vi yo libre de peligro. Dijo esto Enrique con semblante sereno, que no se alteró ni demudó hasta su muerte, ocurrida á las cuatro horas de haber hablado tales palabras.

Fr. Francisco Mórico.

V. Ve aquí otro ejemplo mas antiguo. Estando á los últimos Fr. Francisco Mórico, lego franciscano, que habia vivido muy santamente, comenzó á dar gritos horribles y á decir que estaba condenado. Los demas religiosos acudieron á los gritos y empezaron á animarle y hacerle presente la eficacia de la preciosa sangre del Salvador y de la intercesion de su santa madre. Habiéndose calmado con estas consideraciones no dijo palabra en un rato; mas á poco repitió varias veces cantando el dulce nombre de Jesus. Luego que cesó, le preguntaron sus hermanos por qué habia gritado así, y él les respondió: «He sido presentado en el tribunal de

Dios para ser juzgado, y aunque no me remordia de nada mi conciencia, sabiendo cuán rigurosamente son examinadas nuestras vidas en el juicio final he creído que seria condenado. Mas se me presentó la Virgen mi abogada y me dijo que para satisfaccion de mis culpas pronunciase cien veces el sacratísimo nombre de Jesus, que es lo que he cantado.

§. VI.—Cómo la Virgen santísima alivia á los suyos en el purgatorio y qué cuidado tiene de sus cuerpos.

I. Solo nos falta atravesar este paso de los cinco que hacen terrible la hora de la muerte; pero seria capaz de consternar á todo el que le temiese como se debe. Hablo del fuego que abrasa á las infelices almas, que mientras estaban unidas á sus cuerpos no satisficieron plenamente por sus pecados; fuego tan voraz y violento, que comparado el de esta vida con él pareceria blando rocío. Con efecto si es verdad, como dicen comunmente los santos doctores, que no se diferencia del del infierno sino en cuanto á la duracion y á la resignacion de los que le sufren en la divina voluntad, debemos de inferir que todas las penas posibles de este mundo son tormentos figurados en comparacion de aquellos. Pero por cuanto mi intento es consolar á los siervos de la madre de Dios mas bien que espantarlos con la representacion de esas penas, los suplico tengan ánimo y crean que aquella clementísima señora no cesará de asistirlos y aliviarlos, hasta que los vea aposentados en el cielo. Tendria yo muchísimo que decir, si quisiera describir por menor de cuántos modos los refrigera y consueta: bastará apuntar algunos.

II. En primer lugar sucede muchas veces que dispone ejercitar á los suyos mientras viven y hacerlos practicar actos de satisfaccion y de las principales virtudes en

términos que entran sin tardanza á gozar de Dios. Testigo santa Lidwina, vírgen consumada en todas las virtudes, de quien leemos que estando próxima á morir y siendo atormentada de grandísimos dolores en todo el cuerpo vió á nuestro Señor situado á la derecha de su cama, y á la Virgen á la izquierda y á los apóstoles con muchos espíritus bienaventurados al rededor. Vió además su aposento extraordinariamente adornado y sobre una mesa muy aderezada un vaso lleno de óleo sagrado con una cruz y una vela encendida. Nuestro Señor revestido de sacerdote le administró el sacramento de la extremauncion; pero sin decir una palabra. Acabada esta ceremonia, cogió la vela, y él y su madre santísima se la pusieron en las manos á Lidwina, la cual suplicó á su amado esposo por los méritos de la Virgen coronara su vida con tantos dolores y padecimientos, que su alma al separarse del cuerpo fuese en derechura al cielo para alabarle y bendecirle sin detenerse en el purgatorio; lo que le fué otorgado, y se le aseguró que de allí á dos dias cantaria el *Alleluia* con las otras vírgenes en el reino de Dios.

III. Digo mas, y es que no solo cuida de que sean purificados de suerte que no les quede nada que purgar al salir de esta vida, sino que además dispone se partan llenos de tan superabundantes satisfacciones, que tengan para distribuir á otros. Ya he hablado del devoto Enrique Calsto, religioso dominico, y de la mucha familiaridad que tenia con María santísima. Uno de sus íntimos amigos, que no ignoraba esta comunicacion, le preguntó en confianza cuando se hallaba gravemente enfermo, si creía entrar en el cielo sin pasar por el purgatorio; á lo que respondió Enrique con seguridad que la Virgen se hallaria presente á su muerte y le conduciría al cielo. Añadió además que sabia muy bien que de paso se llevaria consigo mas de trescientas almas, las cuales

aun estaban ardiendo en aquel lugar para satisfacer á la divina justicia.

IV. En tercer lugar Maria da un consuelo singular á los suyos visitándolos mientras padecen en el purgatorio, ó enviándoles algunos ángeles, que les llevan de su parte la buena nueva de su libertad y los consuelan de diversas maneras. Asi se lo manifestó un dia á santa Brígida diciéndole: «Yo soy la reina del cielo, la madre de misericordia, el gozo de los justos, la que encaminó los pecadores á Dios: no hay pena en el purgatorio que no se mitigue y se haga mas llevadera por mi medio.» Y en otro lugar dice: «Yo soy la madre de los que están en el purgatorio, y Dios ha querido que por mis súplicas se mitiguen en cierto modo á cada hora las penas debidas á sus pecados.» Estas palabras me traen á la memoria lo que aconteció al P. Gerónimo Carvallo, de nuestra compañía, de quien ya he hablado antes. Habia contraído santa amistad con la Virgen, á la que amaba tiernamente y de quien era correspondido; de suerte que no se desdeñaba nuestra señora de mostrarse en forma visible y hablarle. Aunque Gerónimo era muy humilde y ocultaba con cuidado los favores que recibia, permitió Dios que un dia se le escapase para bien y consuelo de muchos confesar que la Virgen viéndole triste y amedrentado por las penas del purgatorio le habia dicho que ella era la abogada y madre de los pecadores no solo en esta vida, sino en el purgatorio; lo cual le habia consolado indeciblemente.

V. De esta verdad tenemos diversas pruebas en las Revelaciones de santa Brígida, segun las cuales Jesucristo concede á su santísima madre una triplice misericordia en favor de las almas por quienes le ha rogado, y un lenitivo de las tres penas que padecen en la vista, el oido y el tacto. Además le promete que las que padezcan los tormentos mas rigurosos, pasarán á los me-

dianos, las que se hallen en este caso, pasarán á los mas leves, y aquellas á quienes falte poco que pagar, quedarán enteramente libres. En otro lugar dice santa Brígida que rogando la Virgen por el alivio de las penas de un caballero muy devoto y limosnero, que le habia recomendado la santa, nuestro señor por amor de su madre le hizo gracia de una de las tres penas que padecia en el sentido de la vista, á saber, la horrible vision de los demonios; de una de las tres que padecia en el sentido del oido, á saber, la confusion que le causaban los remordimientos de la vida pasada, y de una de las tres que le atormentaban en el sentido del tacto, á saber, el frio de los lagos helados en que era sumergido para pagar su tibieza en el servicio de Dios. En otra parte nuestra señora prescribe puntualmente á la santa viuda todas las satisfacciones que han de darse para sacar del purgatorio el alma de cierto señor distinguido, por quien habia rogado ella. En fin en otro lugar asegura Maria santísima que el alma de cierto sacerdote solitario, de quien la santa habia recibido asistencia espiritual, estaria, en el cielo antes que su cuerpo fuese depositado en la tierra, y que la pena de languidez que ella sufria por haber deseado tibiamente ver á Dios, se le aliviaria de un modo notable.

VI. En cuarto lugar excita á los fieles vivos á que socorran á las almas del purgatorio con misas, oraciones y otras obras satisfactorias ó les permite solicitar por sí la libertad de aquellas. El papa Inocencio III se apareció despues de muerto á santa Lutgarda (segun se refiere en la vida de la misma) rodeado todo de llamas y manifestó á la santa que por la misericordia de Dios se habia librado del infierno, mas no del purgatorio; pero que habia conseguido por la intercesion de nuestra señora licencia para venir á implorar sus oraciones y sufragios.

VII. Finalmente visita aquellos lóbregos calabozos como reina que tiene autoridad de su amado hijo, y por

gracia especial libra en ciertos tiempos á quien le parece. Dionisio Richel, monje cartujo, cuenta un hecho memorable de dos amigos. Murió el uno al rededor de la fiesta de Todos los santos, y el otro se entregó al dolor y al llanto sin tratar de aliviar por ningun medio á su difunto amigo, el cual se le apareció por Navidad reprendiéndole aquella negligencia. ¿Para qué sirven tantas lágrimas? le dijo. No son mas que agua que lava los ojos y seca el cerebro: el viento se lleva todos tus lamentos, mientras yo estoy encarcelado y ardiendo sin misericordia entre estas llamas. Pues sabe que la virgen María baja al purgatorio la vigilia de Navidad por la noche con poder de libertar á muchas almas en memoria de haber parido al que las rescató á todas. Yo esperaba ser de ese número mediante tus oraciones; pero mis esperanzas se han frustrado. Así acuérdate que nuestra señora hace lo mismo la noche de Resurreccion á imitacion de su hijo, quien en tal noche sacó del limbo las almas de los santos padres. Te pido pues que me socorras con tus oraciones y con lágrimas de devocion, que serán mejor empleadas que las de sentimiento que viertes ahora inútilmente. Conocerás que tus sufragios han surtido efecto si no me aparezco mas. Así sucedió cabalmente; por lo cual conoció el amigo vivo que el difunto habia salido del purgatorio merced á la intercesion de la madre de misericordia.

VIII. S. Pedro Damiano refiere en la última epístola del libro tercero que el año 1072 murió en Roma una mujer, que se apareció la vispera de la Asuncion á una amiga suya, y preguntada acerca de su estado respondió que hasta entonces habia padecido gravísimas penas; pero que en aquella misma noche la Virgen habia rogado por ella y por otras, de modo que habian salido del purgatorio mas almas que las que habia á la sazón en la ciudad de Roma. Como la amiga viva tuviese dificultad en creer lo que decia la difunta, añadió

esta que en prueba de ser ciertas sus palabras moriria al año siguiente en aquel mismo dia. Así sucedió puntualmente.

IX. No quiero privar al lector del conocimiento de una cosa muy notable, que sucedió el año 1500 en tiempo del gran jubileo concedido por el papa Bonifacio VIII. Habia un clérigo devotísimo de la virgen María, á quien se apareció esta con su hijo en los brazos. Habiéndose postrado en tierra el clérigo para adorarla, le dijo nuestra señora: «Dios ha hecho misericordia á todos.» Y como preguntase él una y dos veces si tenia parte en aquella gran misericordia, así como los vivos y los difuntos, añadió nuestra señora: «Dios ha hecho misericordia á los vivos y á los difuntos y á ti tambien.» Los historiadores advierten que la verdad de estas palabras fue confirmada por muchos posesos, los cuales fueron forzados en diferentes lugares á publicar la misericordia de Dios y á decir á una voz que en aquel año habian sido libertadas todas cuantas almas existian en el purgatorio. Es muy probable que la que vino á traer la nueva á la tierra, habia sido en el cielo la principal medianera de tan insigne merced.

X. Penetremos en los sepulcros y digamos que la inestimable bondad de María llega hasta tener un cuidado muy particular de los cuerpos de sus fieles siervos despues de la muerte. Esta verdad queda confirmada con el hecho del B. Brinulfo, referido en el párrafo IX del capítulo VII.

XI. Ve ahí una ligera muestra de las grandezas de bondad de la madre de Dios y de la dicha de aquellos que le merecen un cariño particular. Y si una tosca pintura de sus privilegios es capaz de hacernos concebir algo de grande; ¿qué será el contemplar á los hijos de la reina del cielo en torno de su buena madre con los tesoros de gracia y gloria que hayan adquirido por su

mediacion? ¿Qué será el tener parte en esa dicha inestimable? ¡Oh cuánto es de desear la afortunada porcion de aquellos, cuyas almas en frase de la Escritura son conservadas en el ramillete de los vivientes bajo la especial proteccion de la madre de bondad! ¡Ojalá que yo sea de los suyos en vida y en muerte y aun mas allá de la muerte en el reino de la eternidad.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TITULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

La mayor ventaja que á mi juicio tienen las grandezas de este mundo, es que los que las poseen, pueden servir y favorecer á muchas personas. Pero las grandezas del cielo á mas de ser las únicas verdaderas y las únicas dignas de apetecerse proporcionan á los amigos de Dios infinitas ocasiones de hacernos bien; de donde nacen en nosotros unas obligaciones que jamás podrán acabarse; y como despues de Dios no hay nadie que iguale en grandeza á la virgen Maria, por eso no hay otro feudo semejante al suyo. Esto me ha determinado á concluir el discurso de sus grandezas con una corta recopilacion de sus derechos dominicales y de las obligaciones que contraemos para con ella por tal motivo.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

I. ¿Qué juicio podrá formarse de los que despues de tantas obligaciones no amen á la madre de Dios ó la amen débilmente? Por mí digo (y crean los demás lo que quieran) que no tienen corazon, ó si le tienen, es mas duro que una roca del Cáucaso; porque si fuera un corazon humano, harian mella en él los inestimables

beneficios de una madre tan amorosa. Digo que no tienen entrañas, porque si las tuvieran, lo manifestarian con sentimientos correspondientes á la bondad del corazon maternal que favorece á todos los que quieren recibir sus favores. Digo que no tienen alma racional, pues se apartan desmedidamente de toda razon, siendo muy cierto que no hay uno entre todos los títulos propuestos hasta aquí que no sea capaz de encender una hoguera de amor. La circunstancia sola de ser ella el principio de la felicidad eterna de los suyos ¿no es bastante para amarla con un amor eterno? El manifestar de mil modos y con infinitas pruebas que es la madre del amor hermoso ¿no es un motivo muy eficaz para profesarle un cariño mas cordial que á todas las madres del mundo? ¿Tan poco vale su favor, que haya de despreciarle una vil criatura ó creer que puede merecerle con sentimientos comunes? ¿Qué diré del cuidado extraordinario que tiene de los suyos, sino que aun cuando se deshiciesen todos los dias en lágrimas y en sentimientos de ternura, no llegarían á merecer el menor rasgo de sus bondades? Sus liberalidades sobrepujan incomparablemente todo el agradecimiento de sus siervos, y las recompensas con que paga los mas leves servicios de estos, exceden desmedidamente lo que ella recibe, y los empeñan de nuevo á amarla. Sus misericordias no tienen límites; ¡y ellos querrian amarla con tasa y medida! Supongo que no hayan recibido nunca de ella mas que un solo beneficio corporal de los que concede á manos llenas: si le hubieran recibido de algun mortal, ¿no se confesarian eternamente obligados y agradecidos? Por último si estiman, como se debe, sus santos documentos, el consuelo que da á los afligidos, el refugio que prepara á los pecadores, y los buenos oficios que hace á la hora de la muerte, ¿se persuadirán á que han hecho mucho amándola con todas sus fuerzas? Digo que